



Ser hoy fraternidades laicales predicadoras¹

Fr. Óscar Jesús Fernández, O.P.

Fr. Edward Schillebeeckx insiste mucho en que no se puede definir lo dominicano mientras haya dominicos y dominicas vivos, pues sigue siendo algo abierto a reformulaciones en cada tiempo y lugar. Esto es el recuerdo de algo que ha estado presente desde los orígenes: la necesidad de dar respuesta a las necesidades que toca vivir en cada momento y lugar.

Y esto es real incluso en las leyes: la primera Regla de la Orden Seglar, redactada por fr. Munio de Zamora, VII Maestro General de la OP (1285) y confirmada por los papas Inocencio VII (1405) y Eugenio IV (1439), incluye en sus dos últimos capítulos *“la capacidad de los superiores de la Tercera Orden de dispensar todos los capítulos y Ordenaciones que por razón de las personas o de las circunstancias de lugares o tiempos, no pudieran ponerse en práctica”* (Cap. XXI) y *“que el incumplimiento de cualquiera de las Constituciones u Ordenaciones no obliga a culpa”* (Cap. XXII). (Declaración General de la Regla, n° 3).

En definitiva, las estructuras dominicanas están al servicio de lo que es la razón de ser de la Orden de Predicadores. Nos toca combinar la historia, la tradición, con la vida real de “hoy y aquí”. Acudamos a la historia, a santo Domingo, para ver qué nos dice hoy.

a.- Fieles a la historia y a la actualidad

Domingo de Guzmán vivió dos grandes fidelidades: al Evangelio de Jesucristo y a los hombres y mujeres de su tiempo.

Somos fieles al Evangelio de Jesucristo en la medida en que somos capaces de actualizarlo, de ponerlo por obra, de hacerlo vivo. Hay que recordar aquella frase de fr. Vicent de Couesnongle en la que definía como debía ser la vida del dominico/a: “con la Biblia en una mano y el periódico en otra”.

Se trata de un asunto de responsabilidad: ¿qué capacidad -y qué voluntad- tenemos para hacer realidad hoy el carisma de Domingo? ¿qué capacidad -y qué voluntad- tenemos para que nuestras vidas reflejen la pasión por Dios y por los hombres?

b.- La contemplación de ayer y de hoy

Una dimensión esencial de la vida dominicana es la dimensión contemplativa. Ésta fue una dimensión dominante en la vida de Domingo: hombre de silencio, de interioridad, de estudio, orante en el camino y en el convento, en el día y en la noche...

En esto consiste ser contemplativo, mirar la vida, la realidad... desde los ojos de la fe, con los ojos de Dios. Y esto exige entrenamiento: el silencio, la oración personal, la celebración litúrgica, el estudio de la Palabra, el diálogo en busca de la verdad... Todos estos ejercicios servían para cultivar la dimensión contemplativa del dominico/a, verdadero alimento para la fe y la predicación.

En definitiva, el objetivo fundamental de la contemplación dominicana es doble:

- Alimentar la propia experiencia de fe. Dejar a Dios que ocupe el centro de mi vida y vea el mundo a través de sus ojos de padre misericordioso. Es la experiencia personal de Dios la que sustenta la vida y misión dominicana, la que llena de sentido y sabor la vida fraterna.

- Sustentar la predicación, fecundar la misión evangelizadora. Si el predicador no es un contemplativo podrá ser un funcionario de la palabra, pero nunca un anunciador creíble del Evangelio. Ya lo decía Humberto de Romanis: “no es lo mismo predicar que echar sermones”.

Elemento fundamental en la contemplación dominicana es el estudio. No es otra cosa distinta o añadida sino esencial. El estudio de la Palabra, la búsqueda de la verdad, el diálogo compartido, los saberes de nuestra sociedad... son el humus de nuestra predicación. ¿Cómo vamos a anunciar algo que no entendemos? ¿Cómo vamos a predicar si no tenemos palabras que expresen lo que sentimos y vivimos?

Sobre la vida dominicana no se puede hacer ninguna reflexión que no incluya nuestra formación, nuestro

estudio. Todos tenemos asumida la necesidad de una formación inicial que nos ayude a conocer lo fundamental, que nos prepare a realizar tal o cual tarea... También hemos de asumir la necesidad permanente de estudio, de formación, de aprendizaje, de preparación... para la vida y para la tarea de predicar.

¿Cómo podemos ser contemplativos allá donde estamos? ¿Cómo ser contemplativos en medio de la vida, del trabajo, del ajetreo familiar? ¿Cómo introducir la formación y el estudio en mi vida diaria, en la vida de las fraternidades?

c.- El don de la fraternidad en un mundo de incomunicación.

Domingo fundó una “comunidad de predicadores”. La vida comunitaria fraterna es base para la predicación dominicana.

Desde el origen de la Orden la vida comunitaria fraterna tuvo dos propósitos fundamentales:

- Garantizar la permanencia y continuidad de la misión evangelizadora. La predicación es demasiado importante para dejarla al arbitrio de los individuos, por eso Domingo la pone bajo la responsabilidad de la comunidad, de la fraternidad.

- Poner en práctica la vida evangélica, la vida apostólica. Imitar a aquel primer grupo de discípulos que en común escuchaban la Palabra, oraban, celebraban la fracción del pan, vivían la misión...

El núcleo de la experiencia cristiana es el amor, y la fraternidad, la comunidad, es un ejercicio de las diversas dimensiones del amor: la acogida, el perdón, la comunión de bienes, la misión compartida...

Esta es la base de las “casas de predicación”, pues así se llamaban las primeras comunidades, y no porque fuesen la base para salir a predicar, sino porque en sí mismas eran predicación. La vida fraterna es un signo de vida del Evangelio, y por tanto, su anuncio.

Si fuésemos fieles a nuestro origen haciendo de la vida fraterna nuestro modelo de vida, estaríamos dando la mejor respuesta a las necesidades de nuestro mundo. Estamos en la cultura de la comunicación; nunca ha habido tanta comunicación, tanta interconexión, tantos medios para saber unos de otros... sin embargo nunca se ha sentido tanta soledad como ahora.

La demanda de una relación cercana, fraterna, que acoja, apoye, perdone, acompañe, contraste... es cada vez más urgente. Muchas personas buscan hoy desesperadamente experiencia y prácticas comunitarias que les permitan resolver sus soledades, pues incluso las comunidades más básicas, amistad y familia, se han debilitado.

He aquí una forma de ser fieles y de actualizar el proyecto de Domingo: ofrecer a nuestros contemporáneos un espacio de fraternidad, donde la acogida, la escucha, la búsqueda de la verdad, el diálogo, la apertura al otro, las relaciones sanas, la colaboración mutua, el ambiente de oración, de celebración festiva, la experiencia de fe compartida... sean la forma de vida.

Aunque para esto hace falta que la misma comunidad/fraternidad dominicana no se vea afectada por los mismos virus de individualismo y soledad. Es necesario buscar la vitalidad primera que hacía de las comunidades y fraternidades, auténticos talleres de vida evangélica y testimonios vivos del Evangelio que predicaban.

d.- La Predicación: la misión evangelizadora.

Esta es la finalidad del proyecto de Domingo. Seguro que meditó y oró muchas veces las palabras de san Pablo en su carta a los Romanos:

“¿Cómo van a invocar a Aquel en quien no creen,
y, cómo van a creer en Él, si no han oído su mensaje,
y, cómo van a oír un mensaje que no ha sido proclamado,
y, cómo va a proclamarse ese mensaje, si no hay mensajeros?”

(Rom 10, 14-15)

Todos conocemos el entorno histórico que dio lugar al comienzo de la Orden de Predicadores. Salvando las distancias y diferencias, encontramos hoy algunos elementos que empujaron a Domingo: la progresiva pérdida de la fe en el Dios de Jesucristo, la desafección cada vez mayor hacia la Iglesia, la búsqueda de otras creencias que satisficieran la necesidad espiritual...

Domingo quiso dar respuesta a esa realidad, servir a la causa de la salvación de la humanidad, mediante el ministerio de la Predicación. Pero quiso que la Predicación estuviera respaldada por toda una vida, la vida

dominicana (en sus elementos):

- el silencio, la oración, la celebración y la experiencia contemplativa;
- el estudio, el diálogo y la búsqueda constante de la verdad sagrada;
- la experiencia y la práctica comunitaria;
- la práctica de la pobreza evangélica.

Todos estos elementos son por y para la predicación, verdadero fin y razón de ser de las comunidades y fraternidades dominicanas.

El ministerio de la predicación tiene dos aspectos complementarios: la proclamación de la Palabra de Dios (el anuncio explícito del Evangelio) y la realización, la puesta en práctica del Evangelio.

Pero ¿cómo predicar en un mundo saturado de palabras? ¿cómo anunciar la verdad en un mundo en que se sospecha de todo?

Es una situación crítica para los predicadores. Pues necesitan, en primer lugar, acreditar la Palabra, hacerla creíble. Y eso sólo puede suceder si está respaldada por el testimonio de la vida; si la palabra que se anuncia se manifiesta como palabra coherente; si el predicador no dice más de lo que cree y lo dice desde la experiencia creyente; si su palabra es palabra de iluminación y de animación, aunque tenga que ser a veces palabra de denuncia..., si es palabra evangélica, buena noticia para la humanidad. En un mundo en el que la palabra se ha desacreditado y en el que la verdad es vista por muchas personas como un ideal imposible, es preciso acreditar de nuevo el ministerio de la predicación. Este es un desafío fundamental para cada dominico y cada fraternidad hoy, para mantenerse fieles a los orígenes y a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Tal vez la forma más eficaz de acreditar la palabra sea el hacerla vida, hacerla realidad. La práctica de la compasión, de la justicia, de la fraternidad... o simplemente de la bondad; la denuncia de la injusticia, la opción por los más pobres, el situarse al lado de las víctimas es evangelizar con el testimonio de vida.

Ser dominicos hoy significa estar muy atentos a los signos de los tiempos y responder con la palabra y con la vida a las demandas más urgentes del mundo actual.

d.- En colaboración con toda la Familia Dominicana y con otros

El Capítulo General de los frailes celebrado este verano (Julio-Agosto 2007) en Bogotá ha insistido a los frailes de la importancia de colaborar.

El predicador es miembro de la Familia Dominicana. Con determinación tenemos que desarrollar las colaboraciones apostólicas entre los frailes, las monjas, las hermanas de vida apostólica, los laicos y otros movimientos dominicanos. La complementariedad de cada uno dará una fuerza mayor al testimonio de esperanza (Bogotá, 50).

El enfoque no es nuevo, pero quiere subsanar un error en el que caemos frecuentemente: no somos nosotros los que colaboramos con Familia Dominicana, no es la Familia Dominicana algo distinto a nosotros... yo, mi fraternidad, mi comunidad, somos Familia Dominicana.

Esta es mi fraternidad, esta es mi Orden, pero también esta es mi Familia. La Familia Dominicana es el ámbito más natural de colaboración en la tarea concreta de predicar, de anunciar la Buena Nueva. Tal vez en mi ciudad no haya otra fraternidad (y no somos muchos), pero seguro que sí hay una comunidad de hermanas o de frailes, un monasterio de monjas, un grupo del MJD u otro grupo dominicano (aunque no sea oficial).

Sentarnos junto con otros y preguntarnos cómo podemos "aquí y ahora" vivir nuestra vocación dominicana de predicar, debería ser un ejercicio natural y frecuente.

Pero también hay que recordar que somos Iglesia y hay muchos otros grupos, no dominicanos, que tienen el mismo objetivo, hacer realidad el Reino de Dios. La colaboración con ellos también es fundamental y necesaria.

No podemos hacer nuestra pequeña burbuja de "identidad dominicana" y vivir de espaldas a todo lo que nos rodea. Precisamente nuestra identidad es justo la contraria, espalda con espalda, salir hacia fuera rompiendo la burbuja.

1.- Óscar Jesús Fernández, Extracto de la conferencia pronunciada en La Virgen del Camino en el Encuentro de la Orden Seglar de la Provincia de España, titulada *La identidad de los miembros de la Orden Seglar de Santo Domingo*, Septiembre de 2007